

El giro a la izquierda en los Gobiernos Locales de América Latina

Créditos:

Coordinación: Fernando Carrión M. y Paúl Ponce S.

© 5ta avenida editores

Dirección editorial: Pablo Salgado J.

Diseño gráfico: Editorial El Conejo

Corrección de estilo: Mauricio Alvarado Dávila

Diseño portada: Antonio Mena

5ta. Avenida Editores

Av. 12 de Octubre N24-739 y Colón

Edif. Boreal, Torre A, Of. 1508

23826901 – 26020761

www.lagranmanzana.com.ec

ISBN: 978-9942-8524-2-7

Impresión:

Ecuador, marzo 2015

© Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin la expresa aprobación de los editores.

Índice

Pág.

7 Presentación

1. Introducción

Devolver la polis a la ciudad

11 *Fernando Carrión M. y Paúl Ponce*

2. Giro a la izquierda en América Latina

El giro a la izquierda en los Gobiernos locales de América Latina

21 *Fernando Carrión M.*

Una mirada panorámica a la primera ola local de la izquierda

57 *Benjamín Goldfrank*

3. La construcción nacional de la izquierda en lo local

El avance y la consolidación de la izquierda brasileña en el escenario político del pos- 85. Un breve análisis de la trayectoria del Partido de los Trabajadores (PT) en los Gobiernos locales en Brasil

81 *Lina Magãhaes*

El FSNL y la participación ciudadana a nivel local en Nicaragua (2007-2013): ¿un nuevo escenario para la hegemonía política?

101 *Armando Chaguaceda*

Las relaciones entre lo nacional y lo local en el Ecuador: los gobiernos de izquierda en las dinámicas de ascenso al poder político

129 *Sebastián Mantilla*

4. Las ciudades precursoras de la izquierda

La izquierda política en las elecciones subnacionales de Lima Metropolitana

1 Porto Alegre: participación contrahegemónica, efecto-demostración y deconstrucción del modelo

179 *Luciano Fedozzi*

La ciudad de los sueños y las pesadillas. Rosario y su política de desarrollo local (1995-2013)

213 *Oscar Madoery*

Montevideo frenteamplista: Del Gobierno de la ciudad al Gobierno Nacional (1990-2015)

237 *Altair Magri*

5. La contemporaneidad de la izquierda y su legitimidad política

Gobiernos de izquierda en Bogotá: retos del fenómeno político

265 *Sergio García*

La izquierda en el Gobierno de Quito cuando la ciudad sucumbe frente al centro y la nación

291 *Felipe Burbano de Lara*

¿Construyendo ciudadanía desde la izquierda? El caso de La Paz

333 *Moirá Zuazo*

6. La izquierda en las grandes ciudades

Políticas sociales y construcción de ciudadanía en un Gobierno de iz-

367 *Alicia Zicardi/Lucía Álvarez*

La política urbana del Partido de los Trabajadores en el Brasil: De la utopía al impasse

407 *Erminia Maricato*

Los municipios en Santiago de Chile: una entrada fragmentada de la izquierda

439 *Danae Mlynartz*

Una mirada panorámica a la primera ola local de la izquierda

Benjamin Goldfrank¹

1 **Benjamín Goldfrank:** Es Ph.D. de la University of California, Berkeley. Estudio Ciencias Políticas. Es profesor asociado de la School of Diplomacy and International Relations de la Seton Hall University, en Nueva Jersey. Sus publicaciones destacadas son: *La izquierda en la ciudad: Participación en los Gobiernos locales de América Latina* (2004), *Profundización de la democracia Local en América Latina: participación, descentralización, y la izquierda* (2011), *La difícil pero no imposible difusión del presupuesto participativo* (2012), *Democracia participativa y sostenibilidad ambiental: Una revista a las lecciones de América Latina* (2012), entre otros. Es experto en temas de Democracia participativa y estudios de la política pública, presupuestos participativos en América Latina.

El inédito giro a la izquierda en los Gobiernos nacionales de América Latina en los primeros quince años del siglo XXI, de hecho, tuvo como antecedente una ola de victorias locales de partidos de esta orientación ideológica, empezando en los ochenta. Quizás la primera de las victorias más importantes fue el triunfo de la Izquierda Unida (IU) con Alfonso Barrantes en Lima, en 1983. Más de treinta años después, los partidos y alcaldes (o intendentes o *prefeitos*) de izquierda gobiernan en centenares de ciudades latinoamericanas. Hasta en Lima, que entre 1986 y 2010 se gobernó por fuerzas políticas lejos de la izquierda, una de las fundadoras del famoso programa del Vaso de Leche bajo la IU llegó a ser alcaldesa en 2011. Los ejemplos de Barrantes y Susana Villarán en esa ciudad muestran cómo la llegada de esta tendencia al poder local se verificó de manera desigual y experimentó muchas reversiones. La timidez de la gestión de Villarán en comparación con la de Barrantes y la feroz reacción en contra de ella, igual a lo que pasó con Barrantes, sugieren viejos y nuevos interrogantes.

En este capítulo, ofrezco una mirada panorámica, y algo histórica, de las experiencias de la izquierda en las ciudades latinoamericanas. El capítulo comienza con una descripción de la primera ola de alcaldes de izquierda en los años ochenta y noventa y una breve reseña de las razones por sus éxitos electorales iniciales. El capítulo sigue con unas ideas sobre cómo la resistencia de la tendencia tanto al nivel local como al nivel nacional cuestiona la noción académica, particularmente en los Estados Unidos, de que el neoliberalismo puso fin a la izquierda. Paradójicamente, el neoliberalismo tuvo efectos positivos en las oportunidades para esta ideología. Las secciones siguientes ofrecen un resumen de los desafíos comunes que enfrentaba la izquierda y unas ideas sobre cómo sus Gobiernos municipales proveían alternativas al modelo neoliberal dominante en esa época. El argumento es que la capacidad de generar alternativas al nivel local ayudó a que la izquierda no solo sobreviviera los años noventa, cuando el neoliberalismo estaba en su auge, sino que saliera fortalecida para el

siglo XXI. Finalmente, el capítulo concluye con unas preguntas, algunas viejas y algunas nuevas.

La primera ola

En la década de los ochenta, los partidos de izquierda no pudieron ganar las elecciones presidenciales multipartidarios en ningún país de las Américas, salvo las de Nicaragua en la guerra de los Contras. Sin embargo, partidos o alcaldes de izquierda sí lograron varios éxitos significantes en las elecciones municipales, particularmente en América del Sur. Estas victorias se dieron especialmente en las grandes ciudades, e incluso en algunas capitales, y siguieron con más fuerza en la década de los noventa (Fox 1995, Stolowicz 1999, Chavez y Goldfrank 2004). Esta primera ola comenzó con el triunfo de la IU en Ilo y Lima, en Perú, continuó con las victorias del Partido de los Trabajadores (PT) en Diadema y Fortaleza, en Brasil, y tuvo un auge al final de la década. En 1988, el PT ganó en más de 30 ciudades brasileñas, incluyendo importantes capitales de estado como São Paulo, Porto Alegre y Vitória, y otras ciudades industriales o portuarias como Santo André, São Bernardo, y Santos (ver Baiocchi 2003). En 1989, el Frente Amplio (FA) obtuvo la intendencia de Montevideo, Uruguay; el Partido Socialista ganó la intendencia de Rosario, Argentina, y La Causa R (LCR) se impuso en Ciudad Guayana, Venezuela.

La ola prosiguió en los años noventa, con algunas reelecciones significantes, como las de Montevideo, Porto Alegre, Rosario, Ilo y Ciudad Guayana, y con triunfos nuevos del PT en Belo Horizonte, Brasilia y Belém (y centenares de ciudades más, además de algunos Gobiernos estatales), de LCR en la alcaldía de Caracas (Municipio Libertador) y, eventualmente, del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en México D.F., del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en San Salvador, El Salvador, y del Movimiento al Socialismo (MAS) en varias ciudades de Bolivia (pero, al cambio de las otras experiencias de la izquierda, las victorias del MAS se dieron mayoritariamente en municipios rurales). Se podría argumentar que esta primera ola termina con la victoria electoral del Polo Democrático Alternativo (PDA) en Bogotá, en 2003, la pérdida del PT en Porto Alegre y São Paulo,

en 2004, y los comienzos del giro a la izquierda de los Gobiernos nacionales en la región, incluyendo la victoria presidencial de Lula en Brasil en 2002 y la fase posgolpe del Gobierno de Chávez en Venezuela. Esta fase se distingue por haber sido de Gobiernos municipales de izquierda durante una época en que los Gobiernos nacionales en la región estaban bajo el control de partidos de centro, de derecha o populistas, pero no de izquierda. En este período, la ideología predominante en la región fue el neoliberalismo y, en general, estos Gobiernos locales de izquierda intentaban buscar y mostrar alternativas al neoliberalismo.

Los Gobiernos locales de izquierda, después de la primera ola, enfrentaban otra realidad política, una en la cual ya existían en la región, y a veces en el mismo país, Gobiernos nacionales más o menos inclinados hacia la izquierda. Muchos –pero no todos– de estos Gobiernos nacionales han adoptado posturas más de centro o centro-izquierda. Al mismo tiempo, en el siglo XXI, tanto los partidos de centro y de derecha como las organizaciones multilaterales empezaron a enfatizar más o por primera vez algunas de las tradicionales banderas de la izquierda (como la participación ciudadana y los gastos sociales). El resultado es que, si bien ya en la primera ola los “discursos globales” crearon una “confusión semántica” sobre las “diferencias entre la izquierda y la derecha” (Chavez 2004, 18), para los Gobiernos locales de izquierda en la segunda ola, proveer alternativas claras ha sido aún más complicado. De hecho, muchos Gobiernos locales han empezado a combinar ambas políticas, o “socialismo municipal” con “neoliberalismo municipal” (Goldfrank y Schrank, 2009).

Antes de indagar sobre las posibles alternativas ofrecidas por Gobiernos de la primera o segunda ola, vale la pena explicar por qué los partidos de izquierda empezaron a conquistar terreno al nivel local en América Latina en las últimas décadas del siglo XX. Tres tendencias más o menos simultáneas ayudaron este ascenso local de la izquierda. La descentralización política brindó a los partidos de esta tendencia la oportunidad de competir para los puestos municipales. Las crisis urbanas dieron a los ciudadanos una razón para que consideraran elegir alternativas a los partidos de otros colores políticos que tenían el poder nacional. Y la transformación ideológica de la izquierda, con un nuevo compromiso con la democracia, hizo los candidatos de esa ideología más atractivos al electorado.

Hasta finales de los años setenta, cuando las transiciones democráticas empezaron en América Latina, la mayoría de los países se encontraba fuertemente centralizada. O habían suspendido las elecciones locales durante las dictaduras o simplemente nunca antes usaban elecciones para todos los puestos oficiales al nivel local. Desde entonces, en casi todos los países de la región se han implementado reformas descentralizadoras (Campbell 2003, 3-4), incluyendo el comienzo (o relanzamiento) de elecciones directas para alcalde en las ciudades más importantes. Por ejemplo, Perú, Uruguay y Brasil relanzaron elecciones para alcaldes en todas las ciudades en 1980, 1984 y 1985, respectivamente, mientras Colombia, en 1988, y Venezuela, en 1989, abrieron la posibilidad a los votantes de elegir directamente a sus alcaldes (y gobernadores en Venezuela) por primera vez. Llegando al siglo XXI, México, Chile y Argentina habían instituido ya elecciones de alcalde inéditas en sus capitales.

El movimiento hacia elecciones democráticas, muchas veces al nivel local y nacional, coincidió con una combinación combustible de urbanización rápida y empobrecimiento durante la llamada “década perdida” de los años ochenta y la continuación de estancamiento económico de la década siguiente. Las crisis urbanas de esa época se pueden vincular con el colapso del modelo de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), bajo la presión de la crisis de la deuda, y con su reemplazo de un modelo neoliberal de orientación hacia las exportaciones. Durante el auge de la ISI, desde los últimos años de la década de los cuarenta hasta finales de los años sesenta, las ciudades grandes crecieron velozmente (Portes y Roberts 2005, 44), tanto que, al final del período, América Latina tenía la tasa de población urbanizada más alta de las regiones del mundo. A principios de los años noventa, América Latina lideró el mundo a la tasa de 71 % urbano (Dillingner 1994, 5), con casi un tercio de la población viviendo en ciudades más de un millón de habitantes (Angotti 1996, 13). Con el crecimiento urbano llegó el aumento de la pobreza, aún antes del abandono del ISI. Mientras los pobres de las áreas rurales se mudaban a las ciudades atraídos por los subsidios de la comida y servicios públicos y por los derechos laborales de trabajadores sindicalizados (Eckstein 2006, 10, 35), los barrios informales crecieron rápidamente en las áreas periféricas de las grandes ciudades, y desaparecieron mansiones en muchas urbanizaciones anteriormente de la clase alta.

Cualquier problema que las ciudades de la región hubieran encarado en la era de la ISI no se compara con los problemas de la era neoliberal inaugurada en los años ochenta con la crisis de la deuda y la peor recesión que ocurrió desde la Gran Depresión. Durante esa década, mientras algunas áreas rurales se beneficiaban, las grandes ciudades vieron caídas en sus ingresos, aumentos en inflación, desempleo y desigualdad, y la reducción o eliminación de los subsidios y programas de beneficio social (Villa y Rodríguez 1996; Burki y Edwards 1996; Portes y Roberts 2005). Las reducciones en subsidios de comida y servicios públicos estaban frecuentemente acompañadas por la devaluación de la moneda, lo que hizo que los incrementos en los costos de vida en las áreas urbanas fueran aún más agudos (Eckstein 2006, 27). A través de la región, la pobreza urbana creció en los años ochenta y noventa (Burki y Edwards 1996, 88; Rodríguez y Winchester 1996, 78-79) y para el año 1986, el 55 % de los pobres vivía ya en áreas urbanas (Reilly 1995, 5). En Brasil, más del 66 % de los pobres vive en áreas urbanas, y cerca de un tercio de los pobres y un tercio de todos los brasileros viven en nueve regiones metropolitanas con más de un millón de habitantes (Valladares y Coelho 1995). La oferta de servicios urbanos, incluyendo agua, saneamiento, recolección de residuos sólidos, educación, cuidado de la salud y transporte, también sufrió (Dillinger 1994, 5; McCarney 1996, 7), llevando a los académicos a hablar sobre la “crisis urbana” de América Latina durante los años ochenta (Castells, Belil y Borja 1989, 32-36).

Una respuesta al declive de las condiciones de la vida urbana fue la presión de la población en ambas formas, organizada y desorganizada: organización de movimiento popular para la reforma urbana y saqueos más o menos espontáneos en contra de los programas gubernamentales de austeridad. Quizás el más famoso de estos saqueos fue el Caracazo en Venezuela, en 1989 (ver, inter alia, Eckstein 1989; Escobar y Álvarez 1992; Walton 1989; López Maya 1999a). Otra respuesta fue elegir a partidos o alcaldes de izquierda, especialmente en ciudades con tasas de sindicalismo relativamente altas, poblaciones de clase media relativamente grandes y movimientos populares organizados. Las clases urbanas bajas y medias fueron golpeadas fuertemente por la crisis urbana, y en muchas de las ciudades más grandes e industrializadas, formaron una coalición en apoyo a los partidos de izquierda, por lo menos temporalmente. Esta población votante tiene intereses compartidos en defender un rol importante para el Estado, el cual había provisto empleo, así como subsidios y

servicios, y en encontrar un interlocutor más democrático de lo que había estado disponible bajo los Gobiernos locales previos, que eran autoritarios y clientelistas.

Para los votantes urbanos frustrados en los años ochenta y noventa, nuevos o renovados partidos de izquierda ofrecieron un sustituto potencial, ya que ellos renunciaron a la violencia, apoyaron la democracia y propusieron relaciones más colaborativas entre el Estado y la sociedad. Durante los años previos, de brutales dictaduras militares y de intentos guerrilleros, la mayoría fallidos, sectores importantes de la izquierda latinoamericana sufrieron transformaciones ideológicas significantes (Angell 1996; Roberts 1998; Robinson 1992; Castañeda 1994). El elemento principal fue el cambio de ver la democracia como formalismo burgués o, en los mejores términos, como un instrumento para lograr el poder, para adoptar la democracia como un valor fundamental y para profundizar la democracia como una meta permanente. Profundizar la democracia vino a ser el *master frame* (marco principal) para ambos movimientos sociales y partidos políticos de izquierda y sugirió connotaciones sustantivas y de procedimiento, desde la participación popular en el proceso de hacer política hasta reformas socioeconómicas redistributivas (Roberts 1998, 3). Paralelo a su valoración de la democracia, la izquierda renovada abandonó el fetichismo de la lucha armada (Robinson 1992, 5) para enfocarse en las elecciones, la organización de movimientos sociales no violentos y la protesta. El PT, el FA y LCR han sido vistos como emblemáticos de esta transformación de la izquierda. De hecho, muchos analistas han puesto a los tres partidos juntos como la encarnación de lo que ellos ven como una tendencia positiva: Angell (1996, 11-18) los etiqueta como la izquierda social-demócrata; Castañeda (1994, 136-155, 171-174) los llama la “izquierda reformista” y Robinson (1992) los ve como miembros del Foro de São Paulo, como parte de una nueva izquierda. Otros partidos de izquierda mencionados arriba compartieron, algunos, pero no todos, de los rasgos de las transformaciones del PT, el FA y LCR descritos abajo (para ver más detalles sobre las ideas motivadoras de estos partidos, ver Goldfrank 2011, 37-45).

Es importante destacar que, mientras esta nueva izquierda representada por estos tres partidos mantenía sus posiciones clásicas tales como antiimperialismo, redistribución, justicia social y un fuerte estado intervencionista, la conceptualización del Estado cambió. La noción de un Estado centralizado, omnisciente y poderoso fue cambiada por la idea un Estado descentralizado,

permeable y transparente, que podría cogobernar con la sociedad civil. Esta reconceptualización del Estado, basado parcialmente en el rechazo del modelo soviético, fue conectada con la revalorización de la democracia. La democracia radical, socialista o profunda hacia la que los partidos de la izquierda nueva aspiraron llegar significó no solamente la consolidación de las elecciones periódicas y libertades civiles, sino también la creación de mecanismos más regulares por los cuales los ciudadanos podrían influenciar colectiva y directamente las políticas del Estado y monitorear la gestión estatal. En esta perspectiva, la descentralización sería un camino para abrir el Estado, dejando margen para el control ciudadano sobre el Estado. La formulación del interés público dentro de los nuevos mecanismos participativos dejaría al Estado “menos subordinado a la apropiación privada de sus recursos” y resultaría en políticas públicas orientadas hacia la generación de igualdad social (Dagnino, Olvera y Panfichi 2006, 48).

Estos cambios ideológicos involucraron el repensamiento de otras prácticas y posiciones pasadas de la izquierda que interfirieron con su capacidad de atraer votantes pertenecientes a varios sectores de la sociedad. Muchos partidos se alejaron de organizaciones leninistas, vanguardistas y jerárquicas, y comenzaron a crear procesos democráticos para seleccionar candidatos y decidir las políticas partidarias. A la vez, varios líderes de izquierda también prometieron respetar la autonomía de los movimientos sociales, los cuales habían sido vistos como vehículos partidarios por los militantes de esa ideología. El enfoque en la clase trabajadora como la clave de “la revolución” también ha sido cambiado. Mientras los trabajadores organizados se mantienen como un componente central (pero no el componente central) de la izquierda democrática, ha ganado relevancia para una variedad de movimientos sociales organizados alrededor de temas de género, igualdad racial o étnica, medio ambiente y asuntos netamente locales como servicios públicos y vivienda. De la misma manera, los nuevos partidos de izquierda empezaron a hablar menos de la clase obrera y más de clases trabajadoras, en plural. Dado el tamaño reducido del sector sindicalizado en América Latina, organizarse estrictamente con base en clase social produjo siempre bloques pequeños de votantes para los partidos, especialmente donde enfrentaron competencia populista. Por eso, la izquierda nueva o renovada reconoció que, para construirse y consolidarse en el poder, tenía que ir más allá del núcleo de sindicalistas activo para ganar el apoyo

de los votantes de las clases bajas y medias en general, y así, construir una mayoría amplia. La propuesta de mecanismos participativos por parte de la izquierda podría contribuir en este sentido: los nuevos mecanismos participativos podrían ayudar a agregar los intereses diversos del sector popular urbano y desarrollar así una identidad común basada en la ciudadanía activa.

En fin, tal vez no es tan sorprendente, dada la confluencia de elecciones locales inéditas, crisis urbana y transformaciones ideológicas progresistas, que la nueva izquierda democrática comenzara a ganar tantas elecciones en importantes ciudades latinoamericanas al final de los años ochenta e inicios de los años noventa. Sin embargo, al comienzo del nuevo siglo, varios analistas cuestionaron la relevancia de los partidos de izquierda, pronunciando que la ideología había muerto o por lo menos que era insignificante en la era del neoliberalismo triunfal.

El neoliberalismo y la izquierda

El título del libro ampliamente conocido de Forrest Colburn, *Latin America at the End of Politics* (2002, *El fin de la política en América Latina*), resume concisamente la opinión convencional de esa época de que, con el fin del modelo soviético, el (neo)liberalismo había triunfado en la región y que todas las otras ideologías se habían muerto. Esa noción de la crisis de la izquierda tuvo respaldo parcial en los análisis de James Petras (1999), quien coincide con Colburn en que los mayores partidos de izquierda habían perdido importancia (aunque Petras creía que los movimientos campesinos de izquierda sí tenían futuro). A pesar del giro a la izquierda a nivel nacional en la región poco después de la publicación de estos análisis, algunos académicos estadounidenses, particularmente Kurt Weyland (2004a; 2004b,) empezaron a argumentar, que, no obstante la apariencia de una inclinación hacia la izquierda, el modelo neoliberal no estaba en peligro y que cualquier intento de crear alternativas al neoliberalismo iba a fallar. Como Colburn, Weyland (2004a, 142) ve el neoliberalismo como el que “acabó con el destino político de socialistas y populistas radicales”. Weyland (2004b, 313) ofrece poderosos argumentos estructurales y psicológico-actitudinales de que las reformas neoliberales debilitan la izquierda y

contienen mecanismos autoreforzantes que deben prevenir cambios al modelo neoliberal en “el futuro previsible.”

Una de las limitaciones estructurales para los que quieran retar al neoliberalismo, según Weyland (2004a, 142; 2004b, 302), es el ya mencionado tamaño pequeño del sector obrero sindicalizado, que se ha reducido con el apertura de las relaciones comerciales, la desregulación del mercado laboral, la privatización y las reducciones de la planta laboral del sector público. Los efectos distributivos de las reformas neoliberales perjudican simultáneamente a sus detractores y fortalecen los sectores que apoyan y se benefician de las mismas reformas, haciendo cambios al futuro más difíciles (Weyland 2004b, 302). Asimismo, como es ampliamente reconocido, las instituciones financieras internacionales abogan por políticas económicas neoliberales y los inversores privados castigan desviaciones de esas políticas (Weyland 2004b, 304-305). Además, Weyland (2004b, 298-301) afirma que las predisposiciones hacia el mantenimiento del modelo neoliberal en los países que implementaron las reformas “estructurales” con más dedicación impiden la capacidad de la izquierda de intentar alternativas. Por él, existe un “sesgo pro status quo” a favor del neoliberalismo que se deriva de dos fuentes; el temor a la hiperinflación y el deseo de dar una oportunidad a las reformas del mercado, especialmente después de haber hecho una “inversión irrecuperable” (*sunk investment*), representada por las pérdidas de corto plazo durante la transición al neoliberalismo.

Weyland tiene razón cuando alega que esta corriente política plantea desafíos para la izquierda, especialmente en términos de implementar alternativas económicas al nivel nacional. Sin embargo, el neoliberalismo no ha significado la sentencia de muerte para la izquierda. Se pueden ver, de hecho, tres efectos positivos de esta corriente para la izquierda. Primero, en su afán de reducir el peso del Estado central y la carga de la deuda, los reformistas neoliberales exigieron la descentralización, la cual, como sabemos, abrió espacios locales para la izquierda e hizo más relevantes a los Gobiernos municipales como vitrinas. A pesar de que las transferencias de recursos y los poderes tributarios concedidos por los Gobiernos nacionales no eran, típicamente, generosos, es indudable que las tendencias descentralizadoras al final del siglo XX sí comenzaron a revertir décadas de control centralizado y sí ayudaron a que la izquierda lograra establecerse como opción factible en varios países.

Segundo, la incapacidad de las reformas neoliberales en los años noventa para ir más allá de la reducción de inflación para producir crecimiento económico fuerte o para disminuir la pobreza y la desigualdad contribuyó a la caída de apoyo público por estas reformas y por los políticos asociados a ellas, un punto que hasta Weyland (2004b, 296, 306) reconoce. Tal rechazo abrió el camino para los candidatos de izquierda. El neoliberalismo también ha sido relacionado frecuentemente con políticos ampliamente despreciados por una combinación de autoritarismo, corrupción o mendacidad. Ejemplos obvios incluyen a Augusto Pinochet en Chile, Carlos Salinas en México, Fernando Collor de Mello en Brasil, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Alberto Fujimori en Perú y Carlos Menem en Argentina. Los últimos tres de estos ejemplifican lo que Susan Stokes (2001) llama, con delicadeza, “*policy switchers*”; eso es, políticos que prometieron no implementar reformas drásticas de mercado y que, después, procedieron a traicionar a sus votantes (por eso, Stokes subtítulo su libro *Neoliberalismo por sorpresa*). Además, Collor y Pérez enfrentaron procesos de destitución de sus cargos relacionados con alegaciones de corrupción, Pinochet fue acusado de corrupción y abuso de derechos humanos, y Fujimori, Menem y Salinas tuvieron que huir de sus países respectivos para evitar procesos judiciales y/o desprecio público.

Tercero, el neoliberalismo proporcionó a la izquierda un enemigo común, lo cual facilitó alianzas entre partidos, entre movimientos sociales y partidos y entre Gobiernos tanto locales como nacionales. Los partidos de izquierda sostenían siempre perspectivas divergentes sobre el capitalismo y sobre los roles y tamaños precisos del mercado y del Estado. La postura de antineoliberalismo ayudó como llamado de atención porque permitió que las diferentes facciones ideológicas restaran importancia a sus desacuerdos, especialmente en torno a un futuro modelo económico. La llamada funcionó mejor antes de la llegada de la izquierda al poder nacional en buena parte de la región. Con este cambio de ser oposición a ser Gobierno, las disputas sobre modelos económicos han surgido con más énfasis. Por lo menos hasta recientemente, varios analistas usaban antineoliberalismo como el característico definidor de la izquierda, incluyendo Marta Harnecker (1995), ya en los años noventa, y Emir Sader, que sigue usando esta definición en sus escritos hasta hoy.

Como las reformas neoliberales estaban conectadas en varias maneras a modelos políticos poco democráticos (o plenamente autoritarios, como en el

caso de Pinochet y los *Chicago Boys*), y también a los Estados Unidos, la bandera de antineoliberalismo transmite dos significados más para la izquierda: profundización de la democracia y el antiimperialismo. La marca de izquierda se asocia ahora no solamente con ideas de redistribución de ingresos y un rol importante del Estado en la economía, sino también con ideas generales de democracia participativa y unidad latinoamericana en vez de sumisión a los intereses estadounidenses. Estos símbolos de profundización de la democracia y el antiimperialismo contribuyeron a crear una imagen atractiva para la izquierda en los principios del siglo XXI, cuando la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia en América Latina estaba alta (Lora y Panizza 2003, 124) y la opinión pública hacia el Gobierno de Estados Unidos, y especialmente hacia George W. Bush, estaban empeorando (*The Economist* 30/10/2003, 3-4).

En resumen, el neoliberalismo no acabó con la izquierda. Al contrario, los Gobiernos municipales, en los años noventa, ayudaron especialmente a mover a América Latina más cerca de una época posneoliberal. Tanto las experiencias de participación popular en muchas ciudades como la inversión de las prioridades económicas constituyen pasos importantes en el desafío a la ortodoxia del neoliberalismo y la democracia liberal. Claro está que abocarse al Gobierno municipal no garantiza la victoria electoral de la izquierda a nivel local ni a nivel nacional. Sin embargo, la obtención del poder a nivel municipal puede ser vista como una línea divisoria para la izquierda. Algunos partidos fueron más allá de probar su compromiso con la democracia. Demostraron que se puede confiar en que la izquierda puede gobernar sin provocar el caos. En algunos casos, demostraron que pueden gobernar incluso mejor que sus adversarios, introduciendo políticas que mejoran la calidad de vida para los miembros más pobres de la sociedad y que fortalecen su capacidad colectiva.

Algunas lecciones de la primera ola

En un libro publicado hace una década, unos colegas y yo examinamos cinco casos de la primera ola de lo que llamamos *La izquierda en la ciudad* (Chavez y Goldfrank 2004), incluyendo la IU en Lima, el PT en Porto Alegre, el PRD en Ciudad de México, LCR en Caracas y el FA en Montevideo. Aquí se resumen algunos de los desafíos comunes que estos Gobiernos enfrentaron en

la búsqueda por profundizar la democracia local y los intentos de superarlos (ver Goldfrank 2004). Los desafíos principales eran: perspectivas encontradas dentro y entre los partidos de la izquierda sobre las estrategias políticas, resistencia de los partidos políticos previamente dominantes que ejercían el poder a nivel nacional, la “deuda social urbana” o falta de recursos municipales suficientes para superar las debilidades históricas de los servicios públicos, demandas heterogéneas que emanaban de varios movimientos populares con relaciones políticas complejas y la creación y la implementación de nuevas instituciones de participación ciudadana, que fueron además afectadas por todos los otros desafíos. Estos desafíos figuraron en cada Gobierno estudiado, pero eran más fuertes en algunos casos que en otros. De hecho, la IU y LCR no pudieron superar la combinación ni la severidad de los desafíos en Lima y Caracas, a pesar de algunos avances en la expansión de oportunidades participativas. Solo lograron un mandato, mientras que, beneficiándose de mejores recursos financieros especialmente, el PT y el FA se reeligieron varias veces en Porto Alegre y Montevideo, respectivamente, y el FA sigue en la Intendencia hasta hoy. El mejoramiento en los servicios públicos y la institucionalización de nuevos mecanismos regulares de participación eran notables en estas dos ciudades, tanto que, aún cuando el PT perdió en 2004, el nuevo *prefeito* mantuvo el ampliamente reconocido presupuesto participativo. Los desafíos en Ciudad de México fueron bastante difíciles pero, a pesar de haber perdido la mitad de su apoyo electoral, el PRD logró de forma muy ajustada mantenerse en el poder, en el que sigue hasta hoy.

Sería interesante indagar hasta qué punto estos desafíos persiguen y cuáles esperan a la segunda ola local de la izquierda. En 2004, ya parecía que el primer desafío identificado, las divisiones internas en torno a la estrategia a seguir, había perdido peso. Los debates de los años ochenta en torno al uso de violencia para producir el cambio social y a la rapidez del cambio tomaron una forma particular en el nivel local: si los Gobiernos municipales debían ser vistos o no como escenario para la creación de una situación de poder dual, en la que la izquierda política y social pudiera unirse en contra del Gobierno nacional y liderar una revolución. Estos debates llegaron a ser muy fuertes en ciudades como Lima y Fortaleza, pero, con el tiempo, como se veía que la línea “revolucionaria” socavó la capacidad de gobernar eficazmente, un enfoque más gradual y pragmático, lo que llamamos de democracia radical predominó en la

izquierda. De hecho, el PT y el FA intentaron reducir los conflictos internos por medio de expulsar a sectores que continuaban justificando la lucha armada. Claro está que todavía existían y existen divisiones internas, habiendo llegado a la creación de nuevos partidos como, por ejemplo, el Partido Socialismo y Libertad (PSOL) en Brasil, cuando varios líderes petistas salieron del partido en 2004 para fundar otra organización política más a la izquierda. Pero, en general, el espectro de posiciones ideológicas se había vuelto más estrecho, y por lo menos los debates estratégicos sobre política local ya no constituían una fuente mayor de discordias internas. Esas discordias se tornan más alrededor de la política nacional.

Ya durante la primera ola parecía que la renuncia de la izquierda a la lucha armada y la adopción de un enfoque de democracia radical en su lugar habían contribuido a desactivar en alguna medida el segundo desafío: la oposición de los competidores políticos. Hasta 2004 por lo menos, yo estaba convencido de que, en la mayor parte de América Latina, la derecha ya no podía persuadir a los votantes con sus acusaciones a la izquierda como promotora del caos o la revolución, especialmente en áreas donde la izquierda ganó y demostró que era capaz de llevar a cabo un buen gobierno. En los años siguientes, sin embargo, el espectro de Hugo Chávez resultó ser bastante eficaz como táctica de miedo por parte de los oponentes a la izquierda. Al mismo tiempo, los rivales políticos durante la primera ola obstruyeron muchas veces el diseño y la implementación de nuevas instituciones locales de participación y hasta sabotearon los servicios públicos, como por ejemplo, en Caracas y Montevideo. Los esfuerzos de sus rivales en prevenir el éxito de la izquierda a nivel local parecían seguir en la segunda ola, como se ve en los intentos de destituir a Villarán en Lima y Gustavo Petro en Bogotá.

Hasta 2004, la deuda social urbana permanecía como un enorme desafío para la izquierda en el Gobierno local. Incluso en Montevideo y Porto Alegre, los mejores ejemplos de una izquierda capaz de redistribuir recursos y mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, las condiciones de vida aún no eran ideales. Al fin y al cabo, hay límites claros en las posibilidades de acción de los Gobiernos municipales. Es evidente que la izquierda ha promovido avances en la capacidad de los Gobiernos locales. Las reformas de descentralización política, que ayudaron a esa ideología a obtener el poder en los años ochenta mediante la habilitación de elecciones en las grandes ciudades, comenzaron a

ser complementadas con la descentralización administrativa y fiscal en los años noventa, si bien en distintos grados, en toda América Latina. Los partidos de izquierda se movilizaron para incrementar las competencias y los ingresos de los Gobiernos locales, pero los recursos disponibles para los Gobiernos municipales de la región continuaban siendo insuficientes para enfrentar las demandas sociales. Una de las claves para el éxito de la izquierda en el Gobierno local es generar una retroalimentación positiva entre la mayor cobertura de las demandas sociales y el aumento de la carga impositiva. En las administraciones de izquierda más efectivas, los ciudadanos, al ver cómo mejoraban los servicios públicos, mostraron mayor conformidad con el pago de mayores impuestos. En las administraciones menos efectivas, un círculo vicioso se hace evidente: para mejorar los servicios, el Gobierno municipal necesita dinero, que se obtiene primordialmente del aumento de los impuestos, pero los ciudadanos solo aceptarán un aumento de impuestos si ven que los servicios mejoran. La evasión impositiva era –y quizás todavía lo es– moneda corriente en toda la región, y los intentos por fortalecer el cobro de impuestos no son políticamente populares. Sin embargo, en la segunda ola, que coincidió con el auge de la izquierda a nivel nacional y con mayor crecimiento económico en la región, tal vez los recursos para el nivel municipal se hayan incrementado.

Los Gobiernos de izquierda enfrentaron el cuarto desafío –responder a demandas heterogéneas de movimientos populares con alianzas políticas diversas e intentar ganar o mantener su apoyo– con tácticas variadas. Una preocupación común fue evitar acusaciones de manipulación e interferencia en la autonomía de los movimientos. Adoptar una postura no invasiva significó diferentes cosas para diferentes administraciones, incluyendo: entregar programas de gobierno a grupos voluntarios, abrir nuevos canales participativos a un amplio espectro de movimientos e individuales e incitar a las asociaciones vecinales para que demandaran nuevas elecciones. Cada uno de estos enfoques tuvo algún éxito, pero también enfrentaron ciertos retrocesos. Privilegiar a ciertos grupos con el control sobre los recursos significó que la IU en Lima renunciara a cierta capacidad para asegurar una permanente apertura a los “no organizados” (para usar la frase de Baiocchi 2004) y para obtener reconocimiento para el programa como algo del Gobierno municipal. En otros casos, no privilegiar a organizaciones particulares de movimientos populares llevó a que algunos de sus líderes se quejaron de que la administración de la ciudad

no reconocía su importancia. En Porto Alegre, por ejemplo, después de haber perdido su batalla por el control del presupuesto participativo, la Uampa se negó a ratificar el proceso por muchos años, y el PT perdió entonces un aliado potencial. La campaña de LCR para democratizar las asociaciones vecinales no fue bienvenida por los presidentes de las asociaciones, quienes fueron siempre muy críticos del programa de participación del Gobierno municipal. En conclusión, la postura “neutral” de estar abierto a todos los movimientos parecía haberse vuelto predominante.

El quinto desafío, diseñar instituciones que promuevan y mantengan la participación, también despertó tácticas variadas y resultados diferentes. En algunas ciudades intentaron crear mecanismos participativos que incluían otros niveles de gobierno con mayores recursos, como en el caso de los llamados Gobiernos parroquiales en Caracas. Pero este enfoque llegó a generar objetivos inalcanzables y la consecuente frustración por parte de los ciudadanos participantes. El diseño institucional de los nuevos mecanismos participativos en ciertas ciudades terminó multiplicando los niveles de representación en vez de impulsar la participación directa, lo cual convocó el interés político-partidario y limitó el atractivo de la participación entre muchos activistas de los movimientos y también entre quienes no están organizados. Además, en algunas ciudades, el poder de toma de decisiones dentro los nuevos mecanismos participativos fue algo restringido, lo cual también frustró las expectativas de muchos participantes. En la primera ola, se veía que las instituciones participativas más capaces de mantener el entusiasmo de los participantes eran las que tenían un diseño más abierto a la participación directa, enfocado en las necesidades inmediatas y bajo el control del Gobierno municipal, y que daban capacidad a los participantes de influenciar los proyectos y las políticas municipales.

Rebatiendo unos supuestos del modelo neoliberal desde lo local

A pesar de los desafíos enfrentados, por lo general se puede argumentar que la izquierda logró no solo establecerse al nivel local en muchos países de América Latina, sino ayudar además a crear, en algunos países, una imagen nueva de la izquierda como innovadora y capaz de oponerse al neoliberalismo en varias maneras. Si bien los campeones del modelo neoliberal en el Banco Mundial

y otras agencias oficiales de desarrollo adoptaron como eslóganes la participación ciudadana, la descentralización y el fortalecimiento del Gobierno municipal, e incluso han aprobado préstamos para ciudades gobernadas por la izquierda (por ejemplo, Porto Alegre y Montevideo), muchas de las administraciones locales de la primera ola experimentaron con alternativas al modelo neoliberal. En particular, las experiencias locales de izquierda representaron enfoques alternativos sobre el rol del Estado, la naturaleza de la sociedad civil, el sentido de la participación ciudadana y la definición y el alcance de la democracia.

Uno de los dogmas básicos del modelo neoliberal es un Estado mínimo en la economía. Las reformas neoliberales del Estado incluyen la privatización de las empresas públicas, la reducción o eliminación de los controles estatales sobre las finanzas, el comercio y la producción, la reducción del sector de empleados públicos y una creciente confianza en el sector privado por la prestación de lo que habitualmente han sido considerados servicios públicos, tales como el agua, la electricidad, la salud, las pensiones y la educación. Desde la perspectiva neoliberal, el Estado es una especie de mal necesario que debe ser limitado al máximo posible. Por el contrario, las administraciones de la izquierda en las distintas ciudades que han estado a su cargo han intentado fortalecer el Estado. Una tarea clave ha sido tratar de mejorar las percepciones públicas que se tienen sobre el Estado, de modo que éste sea visto como un aliado de los ciudadanos y no como un enemigo. Esto es especialmente importante en contextos posdictadura, en los que el Estado había reprimido las demandas populares generalmente de manera violenta. Los Gobiernos locales de la primera ola no solo intentaron extender los servicios urbanos que habían sido descuidados, sino que también tomaron nuevos e importantes roles que los Estados nacionales han estado abandonando, particularmente en el área social. Es de destacar que, con respecto tanto a los servicios urbanos tradicionales como las nuevas funciones de bienestar, los Gobiernos municipales más exitosos enfatizaron políticas fuertemente redistributivas. El aspecto redistributivo del presupuesto participativo, por ejemplo, ayuda a explicar su popularidad. Además, este mecanismo de participación se legitima más fácilmente que políticas redistributivas tradicionales de la izquierda por causa de sus cualidades democráticas y transparentes. Estas cualidades son atractivas para votantes de clase media, las que no necesariamente se benefician de la redistribución pero sí favorecen típicamente un Gobierno honesto y transparente.

Mientras el modelo neoliberal descansa en la premisa de una sociedad de individuos compitiendo en el mercado, los programas participativos de la izquierda estimulan la formulación social y el logro de las metas en un contexto de cooperación. Más que valorar las respuestas individuales a la pobreza, ofreciéndoles acceso institucional a la toma de decisiones públicas, los programas participativos fortalecen a los actores colectivos. También generan incentivos para formar grupos entre aquellos que aún no están organizados. El acto de votar en asambleas públicas demuestra a los individuos no afiliados los beneficios de pertenecer a organizaciones de membresía grande. Por ejemplo, el presupuesto participativo contribuye a la creación de nuevas asociaciones de vecinos y otros tipos de organizaciones de la sociedad civil. Dado que los aliados urbanos más importantes de la izquierda en el pasado –los sindicatos– se han debilitado como actores colectivos poderosos, el potencial de los programas participativos locales para estimular o fortalecer otros movimientos populares es sumamente importante para partidos de izquierda.

En los años noventa, las instituciones financieras internacionales incorporaron la participación ciudadana a su receta neoliberal de alivio de la pobreza en el mundo “en desarrollo” (Cooke y Kothari 2001). Sin embargo, la versión de participación que prescriben difiere significativamente del ideal de participación de la izquierda. En muchos casos, el Banco Mundial visualiza la participación ciudadana como clientes proveyendo información sobre sus necesidades a tecnócratas que son quienes, en primer lugar, toman las decisiones y diseñan los instrumentos de participación, como, por ejemplo, la evaluación participativa de la pobreza. Para las administraciones de izquierda en ciudades como Porto Alegre, la participación involucra una verdadera deliberación. Grupos organizados de ciudadanos, no clientes, son quienes debaten y deciden sobre las prioridades de los vecinos de la ciudad en su totalidad. De hecho, una de las intenciones fundamentales de los programas participativos de la izquierda ha sido extender el poder en la toma de decisiones colectivas hacia las clases más desfavorecidas y los políticamente excluidos.

Por último, los defensores de las reformas económicas neoliberales han argumentado que, para implementar esta clase de reformas, quienes diseñan las políticas deben estar aislados de la política democrática (Haggard y Kaufman 1995). Una reforma neoliberal exitosa necesitaría ya sea de presidentes poderosos dispuestos a pasar por encima del parlamento o de agencias burocráticas

que estén protegidas de la presión popular. En otras palabras, el neoliberalismo presupone, en el mejor de los casos, una democracia minimalista. Esta es la antítesis del objetivo de democracia radical de la izquierda. En los Gobiernos locales que se examinan aquí, la izquierda proyectó sus políticas y a quienes las diseñan para que estén expuestos a las presiones populares. La democracia no ha significado simplemente contiendas electorales ocasionales entre élites, sino debates continuos, generación de demanda y construcción de propuestas por parte de las clases populares.

Conclusión: Preguntas para la segunda ola

Si la izquierda no hubiese logrado algunos éxitos en algunas ciudades de la región en los años noventa y mostrado que puede gobernar en una manera diferente a otras fuerzas políticas y distinto del modelo neoliberal en por lo menos algunos aspectos, es difícil imaginar que la izquierda tuviera la resurgencia que ha tenido en la primera década y media del siglo XXI. Es obvio que son muchos los factores que afectaron el éxito electoral de la izquierda al nivel nacional en la región, pero el desempeño de esa ideología a nivel de municipalidades tuvo un papel claramente importante en algunos casos, como el del FA en Uruguay, y por lo menos significativo en los casos del PT en Brasil, del MAS en Bolivia y del FMLN en El Salvador. Sin embargo, la elección de presidentes nacionales asociado, con la izquierda en la mitad de los países latinoamericanos (dependiendo de cómo se cuenta) ha cambiado el escenario político en la región. Este escenario político, en combinación con otras tendencias recientes, hace que los Gobiernos locales de la izquierda enfrentan nuevos retos, tal vez sumando los viejos retos ya descritos en las secciones previas, y genera nuevas preguntas.

El reto más importante, a mi parecer, se da en los países en que la izquierda gobierna al nivel nacional, y es cómo proceder en estos casos. ¿Los alcaldes de esa tendencia deben seguir estrictamente las nuevas políticas emanando del Gobierno nacional o deben intentar innovar? ¿Deben seguir empujando para más recursos y competencias al Gobierno nacional o deben aceptar que el Gobierno nacional se haga cargo de las responsabilidades que tiene y disponga de los recursos como se quiere?

Si el Gobierno nacional no enfatiza mecanismos de participación ciudadana, ¿los alcaldes deben hacerlo? Y, para los analistas, ¿por qué los partidos de izquierda tienen tanta dificultad en conquistar o mantenerse en el poder en las capitales de los países gobernados por esa ideología? Solamente en Uruguay, el partido oficial se ha mantenido en el Gobierno capital, mientras que en importantes países gobernados por partidos de derecha o centro, como México y Colombia, la izquierda sigue siendo reelecta en las ciudades capitales. Otra pregunta relevante, en una época en la cual el presupuesto participativo ha sido difundido por toda la región, es si la participación ciudadana ha perdido su significancia como política de izquierda. ¿Todavía es cierto que los Gobiernos locales están promoviendo la participación ciudadana? Y ¿los Gobiernos locales de la izquierda todavía dan muestras de ser anti o posneoliberales? ¿Todavía intentan respetar la autonomía de los movimientos sociales o, ya con un Gobierno nacional del mismo color político, las prioridades son otras?

Finalmente, en los años de la segunda ola de la izquierda local, tres asuntos han ganado más relevancia en comparación con el período anterior, produciendo nuevas preguntas. Primero, ¿qué posturas toman los Gobiernos locales de izquierda frente al casi incesante aumento de las tasas de crimen en las ciudades grandes latinoamericanas? ¿Adoptan políticas distintas a las de los Gobiernos del resto de espectro político? El desafío del combate a la violencia y la criminalidad en la región es especialmente significativo, dada la importancia que los ciudadanos dan a estos aspectos de la vida urbana en sondeos de opinión pública. Segundo, el crecimiento económico relativamente rápido de los años 2003-2008 y después, especialmente en los países que se beneficiaron del llamado “*boom de las commodities*” (el incremento en los precios para productos primarios), genera la posibilidad de avances en los servicios públicos. ¿Los Gobiernos locales de izquierda tomaron ventaja de esta ventana de oportunidad? ¿Cuán relevantes eran en esta época de aumentos en los gastos sociales y cuán distintos de otros Gobiernos locales? Y tercero, tomando en cuenta que el *boom de las commodities* tiene costos importantes para el medioambiente, que los efectos de los cambios climáticos se ponen en evidencia más y más cada año y que los recursos naturales son proveedores de recursos financieros para los Gobiernos nacionales y eventualmente Gobiernos locales, ¿cómo han enfrentado los Gobiernos locales de izquierda el reto de proteger el medioambiente y adaptarse a los cambios climáticos?

Bibliografía

- Angell, Alan (1996), "Incorporating the Left into Democratic Politics", en Jorge Domínguez y Abraham Lowenthal, orgs., *Constructing Democratic Governance: Latin America and the Caribbean in the 1990s*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Angotti, Thomas (1996), "Latin American Urbanization and Planning: Inequality and Unsustainability in North and South", *Latin American Perspectives* 23 (4), 12-34.
- Baiocchi, Gianpaolo, org. (2003) *Radicals in Power, The Workers' Party (PT) and Experiments in Urban Democracy in Brazil*, Londres y Nueva York, Zed Books.
- Baiocchi, Gianpaolo (2004) "Porto Alegre: "El dinamismo de los no organizados", en Daniel Chávez y Benjamin Goldfrank, orgs., *La izquierda en la ciudad: Participación en los gobiernos locales de América Latina*, Barcelona, Icaria y Transnational Institute.
- Burki, Javed, y Sebastian Edwards (1996), *Dismantling the Populist State: The Unfinished Revolution in Latin America and the Caribbean*, Washington, DC, World Bank.
- Campbell, Tim (2003), *The Quiet Revolution: Decentralization and the Rise of Political Participation in Latin American Cities*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Castañeda, Jorge (1994) *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*. Nueva York, Random House.
- Castells, Manuel, Mireia Belil y Jordi Borja (1989), "Urbanización y democracia local en América Latina", en Jordi Borja, org., *Estado, descentralización y democracia*, Bogotá, Foro Nacional por Colombia.
- Chávez, Daniel (2004), "Introducción: La política local de izquierda contra el pensamiento único", en Daniel Chávez y Benjamin Goldfrank, orgs., *La izquierda en la ciudad: Participación en los gobiernos locales de América Latina*, Barcelona, Icaria y Transnational Institute.
- Chávez, Daniel, y Benjamin Goldfrank, orgs. (2004), *La izquierda en la ciudad: Participación en los gobiernos locales de América Latina*, Barcelona, Icaria y Transnational Institute.
- Cooke, Bill, y Uma Kothari (2001) "The Case for Participation as Tyranny," en Cooke y Kothari, orgs., *Participation: The New Tyranny?* Londres y Nueva York, Zed Books.
- Dagnino, Evelina, Alberto Olvera y Aldo Panfichi (2006), "Para uma outra leitura da disputa pela construção democrática na América Latina", en Evelina Dagnino, Alberto Olvera y Aldo Panfichi, orgs., *A disputa pela construção democrática na América Latina*, São Paulo y Campinas, Paz e Terra y Unicamp.
- Dillinger, William (1994), *Decentralization and its Implications for Service Delivery*. Washington, DC, World Bank.

- Eckstein, Susan, org. (1989), *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, Berkeley, University of California Press.
- Eckstein, Susan (2006), "Urban Resistance to Neoliberal Democracy Across Latin America", Paper presented at the International Congress of the Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico, March 15-18.
- Escobar, Arturo, y Sonia Álvarez, orgs. (1992), *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*, Boulder, San Francisco, y Oxford: Westview.
- Fox, Jonathan (1995), "The Crucible of Local Politics", *NACLA Report on the Americas*, 29:1, Nueva York, 15-19, 42-43.
- Goldfrank, Benjamin, y Andrew Schrank (2009), "Municipal Neoliberalism and Municipal Socialism: Urban Political Economy in Latin America", *International Journal of Urban and Regional Research*, 33 (2), 443-462.
- Goldfrank, Benjamin (2004), "Conclusión: ¿El final de la política o un nuevo comienzo para la izquierda?"; en Daniel Chávez y Benjamin Goldfrank, orgs, *La izquierda en la ciudad: Participación en los gobiernos locales de América Latina*, Barcelona, Icaria y Transnational Institute.
- Goldfrank, Benjamin (2011), *Deepening Local Democracy in Latin America: Participation, Decentralization, and the Left*, University Park, Pennsylvania State University Press.
- Haggard, Stephen, y Robert Kaufman (1995), *The Political Economy of Democratic Transitions*, Princeton, Princeton University Press.
- Harnecker, Marta (1995), *Haciendo camino al andar*, Santiago, Chile, Flacso.
- López Maya, Margarita, org. (1999), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Lora, Eduardo, y Ugo Panizza (2003), "The Future of Structural Reform," *Journal of Democracy*, 14 (2), 123-137.
- McCarney, Patricia (1996), "New Considerations on the Notion of 'Governance' – New Directions for Cities in the Developing World", en Patricia McCarney, org., *Cities and Governance: New Directions in Latin America, Asia, and Africa*, Toronto, Centre for Urban and Community Studies.
- Portes, Alejandro, y Bryan Roberts (2005), "The Free-market City: Latin American Urbanization in the Years of the Neoliberal Experiment", *Studies in Comparative International Development*, 40(1), 43-82.
- Reilly, Charles (1995), "Public Policy and Citizenship", en Charles Reilly, org., *New Paths to Democratic Development in Latin America: The Rise of NGO-Municipal Collaboration*, Boulder, Lynne Reiner.

- Roberts, Kenneth (1998), *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Perú*, Stanford Stanford University Press.
- Robinson, William (1992) "The São Paulo Forum: Is There a New Latin American Left?", *Monthly Review* 44 (7), 1-12.
- Rodríguez, Alfredo, y Lucy Winchester (1996) "Cities, democracy and governance in Latin America", *International Social Science Journal* 48 (147): 73-83.
- Stokes, Susan (2001), *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America*. Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- Stolowicz, Beatriz, org. (1999), *Gobiernos de izquierda en América Latina: El desafío del cambio*, México, DF, Plaza y Valdés Editores.
- The Economist* (2003), "The Latinobarómetro Poll: The Stubborn Survival of Frustrated Democrats", *The Economist*, 30/10/2003, 3-4.
- Valladares Licia y Magda Prates Coelho, orgs. (1995), *Governabilidade e pobreza no Brasil*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Villa, Miguel, y Jorge Rodríguez (1996), "Demographic Trends in Latin America's Metropolises, 1950-1990", en Alan Gilbert, org., *The Mega-City in Latin America*. Tokyo, Nueva York y Paris, United Nations University Press.
- Walton, John (1989), "Debt, Protest, and the State in Latin America", en Susan Eckstein, *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, Berkeley, University of California Press.
- Weyland, Kurt (2004a), "Neoliberalism and Democracy in Latin America: A Mixed Record", *Latin American Politics & Society*, 46 (1), 135-157.
- (2004b), "Threats to Latin America's Market Model?", *Political Science Quarterly*, 119 (2): 291-313.